

CIÓN MENSUAL 75 CTS.

con la rela-
confunde. En-
ción, dice, hai
celebre fórmu-
metafísica en
el extremo de
que la quita
la ficticia. La
por la ciencia
relación dice
ya relación se
realidad de la
ad de la otra
os una distin-
absoluta que
os contrarios,
con otro ser-
o su princi-
Dios (el mun-
bueno). Pero
sublimis cien-
Suprimida la
lo, del mundo
relaciones de
posición, apa-
que pasan;
delante como
habeis des-
de las eter-
está siem-
ro descendier
la esa ciencia
noche sobre la
lo de tinieblas
nfusion sobre
sica, llamado
la confusión
relación que
entre el fa-
re Dios i el
no se puede
uede conce-
entre la sus-
esta sustan-
de todo, aun
la finita o in-
cia única se
i, cual puede
existir en tal
ede decir lo
mas que de
se suponga
olito sin in-
smolaja, la
cia de seres
ir metafísica
vive con lo
apenas, por
el es real-
be descubrir
omeno finito
el panteísmo
la una va-
modo que
de la du-
de la sus-
es cuando
la relación
finito a la
de todo de
ando sobre
sion igual al
far la que
de la luz.
a metafísica
de Aquino,
o accidente,
o fenómeno
eso en los
los panteis-
misteriosa re-
a, todos se
ir de dentro
contradict-
illos en una
limitadas en
te, i, como
stafísica nue-
lación a lo
han hecho
problema:
eche lo mis-
como supri-
mita, entre

la sustancia i el fenómeno proclamando la iden-
tidad de la una i del otro, así tambien niegan la
relación de la causa i el efecto proclamando la
identidad de la una con el otro. Pero, señores,
al llegar a este punto es preciso que os resignéis
a entrar conmigo en una rejion estraña, en una
especie de pais desconocido, donde se expresan,
en un lenguaje que nunca ha hablado la huma-
nidad, ideas que jamas se han concebido i cosas
que nunca se han imaginado.
Hai efectos en el mundo, esta es una eviden-
cia; i ahora i siempre la humanidad ha designa-
do por la palabra *causa* cierta cosa que juzga
que es distinta de los efectos mismos. El cómo,
si la que produce no es distinta de lo que se ha
producido, se habrían de haber admitido tan
universal como porfiadamente esas palabras di-
ferentes para aplicar cosas idénticas? La hu-
manidad ha consignado en sus axiomas, que
durarán mas que el gravito de la tierra, que el
efecto es distinto de la causa, i que ningún efec-
to sociará en sí mismo su causa. Tal es el órden
del sentido común.
Pues bien, señores, ¿lo creéis? Aun sobre
esta punto nuestros metafísicos modernos se ja-
tan, sin ruborizarse por ello, de merecer una
excomunion, que yo llamaría de buena gana la
excomunion del sentido común. A que no pueda
decirse que el mundo tiene otra causa que el
mundo mismo i que hai un *Creator* de cielo i
tierra, esos hombres prefieren combatir contra
la razón i sostener contra nosotros que *el mun-
do es causa de sus mismos efectos* lo cual quiere
decir que el efecto es su propia causa. El mun-
do, según ellos, solo es efecto en la aparien-
cia; en el fondo es causa, i el mismo constituye
su origen. El mundo es efecto bajo el punto de
vista de la imaginación, que no ve mas que las
escenas exteriores; pero la razón, que penetra
hasta el fondo, encuentra en él la causa de to-
dos sus efectos. Así habla la metafísica moder-
na. ¿Es posible, pregunto yo ahora, ponerse
un mas manifiesto de acuerdo con la razón de
los pueblos? ¿Es posible velar con mas deusas i
voluntarias tinieblas lo que Dios presenta a
nuestra inteligencia clara como la luz del sol?
¿Dónde tenemos en la religión cristiana, ni aun
para explicar los misterios mas oscuros, una
fórmula como ésta: *el mundo es la causa de sus
propios efectos*? ¿No es esto retar con lo contra-
dictorio, lo imponible i lo absurdo a la razón i
al sentido común?
A esta contradicción, ya tan palpable, se une
otra que la confirma. Como el mundo es la cau-
sa de sus propios efectos, se convierte en el
motor de sus propios movimientos, i el panteis-
mo supone aquí, sin cuidarse de la prueba, que
la naturaleza posee intrínsecamente una fuerza
que mueve al ser i le impulsa sin tregua hacia
su ideal. Hé aquí un punto debate del cual la
demostración no puede dejar de decir algo.
Este punto es discutible, ¿sí o no? Si no lo es,
¿por qué lo admitis? Si lo es, ¿por qué no lo
demostráis? El panteísmo nada dice, sino que es
menester admitir la hipótesis como se admite el
axioma admitiéndose, pues; probemos si al ménos
en esta hipótesis podemos darnos cuenta del
problema resuelto que se pretende haber obte-
nido.
Desde luego la lógica nos da aquí el derecho
de preguntar i de saber qué principio es ese que
mueve a la naturaleza e impulsa su virtualidad;
i esta es la primera cuestión que excita nuestra
curiosidad legítima. Otra cuestión: la naturaleza,
dotada de esta fuerza supuesta, produce i traba-
ja, urdiendo en silencio la trama infinita de las
cosas, según los panteístas; pero ¿quisiéramos
saber si en este trabajo eterno se propone la na-
taleza un objeto, o si marcha a la ventura. Si
carace de objeto, ¿a qué ese trabajo incansable i
forzado? Si la tiene, ¿cómo la conoce, i cómo
este objeto, al influir sobre ella, determina el
resultado de su trabajo?

ausilia en el cultivo de nuestros dilatados i eria-
zos campos, fuente inagotable de nuestra pro-
poridad, pero no por esto estaremos ménos
dispuestos a tender una mano generosa al in-
dustrial inteligente. En este sentido i tomando
ademas los antecedentes de carácter, moral-
dad, relijion, hábitos de orden i de buen réj-
imen local, que caracterizan a los belgas, no
hemos vacilado en asignarles el cuarto lugar
en el catálogo de los hombres útiles que des-
amos llamar en nuestra ayuda.
3. EMIGRACION INGLESA, ESCOCESA E IRLANDESA.
Carácter poco estable de la emigración inglesa.—Datos
sobre sus proporciones, sus clases i su distribución.—
Ventajas políticas que ofrecería a nuestros paí-
Sus peligros internacionales.—Carácter de la emi-
gración escocesa e irlandesa.
Los ingleses propiamente hablando no emi-
gran: viajan. Semejantes a los antiguos roma-
nos, el pueblo histórico a que mas acertadamen-
te pueden compararse en sus instintos i en su
poder, los hijos de la antigua Albion navegan,
conquistan, se enriquecen i se vuelven a sus
hogares cargados con el botín de sus empre-
sas. Si es verdad que de la Gran-Bretaña sale
el mayor número de los emigrantes que se dis-
persan por el mundo, pues su número ha llega-
do ya a mas de 5 millones, es preciso no echar
en olvido que la mayor parte de este contin-
gente lo da la Irlanda, i que otra parte consi-
derable se dirige a las colonias inglesas, trasla-
ción, que como decíamos, mas puede conside-
rarse como un viaje o una mudanza de domicilio
que como una emigración (1).
Por estas razones casi no es dado tomar en
consideración aisladamente la emigración jeni-
na inglesa, por importante que sea, atendido
el carácter emprendedor, inteligente i perseve-
rante de esa nación, la mas poderosa de los
tiempos modernos.
Respecto de nuestros países la emigración
inglesa asume casi esclusivamente un carácter
mercantil, tanto porque la mayor parte de sus
nacionales se dedican al comercio exterior,
cuanto porque los buques de su nacionalidad
son los que se encargan por lo común de nues-
tros gruesos acarreos de retorno. El inglés es
un excelente colonizador pero ha de encontrarse en
tierra propia como en los Estados Unidos, el
Canadá o la Australia para dar todos sus frutos.
En Chile se le considera mas como un transeun-
te útil que como un ciudadano benéfico, i por
esta razón sin duda el espíritu público se ha
preocupado poco de los buenos resultados de
una inmigración especial inglesa. Menester no
hace, sin embargo, advertir que esa misma
emigración se obtiene hoy espontáneamente en
pequeña escala, i en esa forma hasta para llenar
una de nuestras mas importantes necesida-
des: la del comercio.
Una faz muy importante ofrecería para nos-
otros la emigración propiamente inglesa, si fuera
posible apropiársela de alguna manera, tal
seria la de su modo de ser político como pueblo
(1) Hé aquí algunos datos generales sobre la emigra-
ción de la Gran Bretaña recogidos en la obra de Durai.
De 1845 a 1859 se calcula que han dejado los puertos
de la Gran Bretaña cinco millones de emigrantes.—Solo
de 1855 a 1859 el número exacto de los emigrantes fué
de 800,000. El término medio anual de la corriente
migratoria en esta última época ha sido de 400,000.
Para observar la distribución de aquella inmensa masa
de pobladores en el universo, tomamos en consideración
la emigración de 1859 que ascendió a 470,000 personas.
De éstas 29,803, es decir, mas de la mitad se dirijió a
Estados Unidos i el resto, esto es, 43,728 a las colonias
inglesas del Canadá, la Australia, la India, etc. La parte
que cupo a la América central i meridional fué solo de
491 personas.
La calidad de los emigrantes en ese año aparece de la
demostración siguiente.—Trabajadores en jeneral 53,388.
—Trabajadores rurales 7,073.—Arrendatarios rurales
6,490.—Comerciantes 4,388.—Profesiones liberales i ne-
gociantes 1,551.—Servidores domésticos 7,409. El resto
se compone del número de las familias, mujeres, niños,
madres, etc.
Hai dos fenómenos muy notables de que hacerse cargo
respecto de la emigración de la Gran Bretaña, i que
constituyen lo que hemos dicho sobre la existencia propia,
como lei inevitable, fatal i eterna de la emigración, a
saber: 1.º que aunque existe en Inglaterra una vasta
protección oficial i aun privada para el ausilio de los
emigrantes, éstos siempre se valen por sí mismos para
trasladarse al exterior. De los 428,000 emigrantes salidos
en 1859 solo 12,975 fueron asistidos por el gobierno i
el resto, es decir, 407,024 emigrantes se espatriaron
mediante sus propios recursos. El 2.º hecho es que se
alienta la emigración casi óseada de su país nativo,
pues la reforma reciente valores que vienen a compensar-
arlo ímpulsamente de su pérdida. Así se ha demostrado
que el dinero enviado a la Gran Bretaña por los emi-
grados desde 1845 a 1859 (época que comprende los
descubrimientos auríferos de California i Australia) os-
centó a la suma enorme de 20,883,000 libras esterlinas
en 12 años. En los años de 1852, 53 i 54 esa suma cre-
de mas de 10 millones de pesas por año.
No está esto prohibido que la emigración es una lei
salvadora, una lei providencial que a nadie daña i a to-
da beneficia?

la de sus instituciones liberales, de sus prácti-
cas de tolerancia, su prensa, su jurado, todo
lo que embellece su mecanismo político en una
palabra, con escepcion por cierto de la monar-
quía. Pero este bien es imposible conseguirlo
sino en una escala casi imperceptible. Son las
colonias inglesas las que están llamadas a dis-
frutar esos beneficios como se echo ya de ver
en el Canadá i en la Australia, focos de grandes
nacionalidades ventileras, libres, independien-
tes i democráticas. Por esto el ilustre Gladstone
ha dicho hablando de emigración: «El gran
principio de la Inglaterra es la multiplicación
de su raza por la propagación de sus institucio-
nes. ¡Qué los emigrantes ingleses lleven consigo
junto con sus instrumentos de labranza su liber-
tad i que los transmitan a sus hijos. Hé ahí el
verdadero medio de triunfar de las dificultades
de la colonización!»
El escocés es todavía de hábitos mas seden-
tarios que el inglés, i por consiguiente su emi-
gración se hace mas difícil, i especialmente si
se considera la escasa población del arido país
que habita. Las sectas relijiosas suelen serolar
mayor número de emigrantes entre las impresio-
nables habitantes de las tierras altas (*High
Lands*) de Escocia, que lo que consiguen los re-
presentantes de otro jénero de intereses. Los
de Chile apenas encontrarían un eco apagado
en aquellas lejanas comarcas.
En cuanto a la emigración irlandesa hemos
ya hablado lo bastante al principio de esta me-
moria con relación a su número i a los benéficos
resultados que producía al suelo patrio de que
se arrancaba.
Por lo demás, las cualidades i defectos de
los irlandeses como emigrantes, han sido llama-
das veces puestas en evidencia para que ha-
yamos de enumerarlos prolíficamente aquí. In-
quietos hasta ser turbulentos, impresionables
hasta parecer discotes, son sin embargo, cuando
manejados por la dulzura, hombres de gran
espíritu, inteligentes, entusiastas, capaces de
todo trabajo, bravos en la guerra, esforzados
en todo jénero de fatigas i nobles i desinteres-
ados, talvez como ningún otro pueblo en la
faz de la tierra. En Estados Unidos ellos han
construido casi por sí solos todos los ferrocarriles
del país, i despues han peleado con noble
ardor en todas las batallas de la libertad. Entre
otros héroes de estracción irlandesa menciona-
se a los dos jenerales que mas inmediatamente
han dado los últimos golpes de muerte a la
rebelion esclavócrata del sud, a saber, los jene-
rales Sherman i Sheridan.
Mas, tomada en su conjunto, la emigración
del Reino Unido es de aquellas que no puede
ofrecernos un poderoso aliciente. La Gran Bre-
taña es un país que nosotros respetamos mucho,
pero no podemos aporlo. Para nosotros no ha
tenido otras sonrisas que las de las baterías de
sus cañones. Fresca está todavía la memoria de
la cuestión Whitehead en la que si el comercio
inglés nos salvó de la pólvora inglesa, fué solo
por salvarse a sí mismo. Frecuentes han sido
los ocasiones públicas en que los hombres de
Estado de aquel país, como Palmerston i Rus-
sell, nos han tratado como a bárbaros, i mas
frecuentes los meetings financieros de Liverpool
i Londres, donde oradores procazes o avaros
han arrastrado por el suelo el crédito i la fama
de las repúblicas americanas.
Ademas, la Inglaterra es nuestra única acredi-
tadora, i siempre ha de estar ejerciendo cierto
apremio ejecutivo sobre nosotros. Un acreedor
no puede ser buen colonizador, como no lo es tam-
poco un deudor moroso cual se deja ver en
Llanquihue. El inglés es fuera de todo esto,
altanero, conquistador, propagandista de su
culto, orgulloso de su poder i por lo tanto des-
deña siempre el país que habita i que explota.
Esto lo está acreditando la experiencia de cada
día entre nosotros.
Ahora bien, presentada bajo esas diversas
fases todas verdaderas, ¿puede convenirnos la
emigración de la Gran Bretaña? Indudablemente
que sí, porque nos interesa todo jénero de ele-
mentos de población, con la sola escepcion de
las razas dejenradas de Asia i Africa; en espe-
cial el chino i el negro. ¿Pero debemos hacer
sacrificios para obtenerla como estamos dis-
puestos a hacerlos por la emigración alemana, la
lembarda, la siza, la vasca i la belga? En
nuestro concepto no, por las razones que deja-
mos apuntadas.
Otro tanto decimos de la emigración francesa
i española de que pasamos a ocuparnos en su
guida.

CRONICA NACIONAL

Emigración extranjera.

(Continuación.)

El emigrante belga es casi tan apreciable como el vasco, pero así como éste sobresale i es mas esforzado en las labores de la labranza, el primero, hijo de un país esencialmente fabril, tiene dotas mas especiales para la industria. De Bélgica podrían obtenerse para Chile millones de artesanos, i principalmente de hábiles mecánicos para los diversos jenios de la industria, i por tan bajos precios como no seria dable alcanzarlos en ningún otro país.
Nosotros sin duda alguna, debemos otorgar una preferencia decidida al emigrante que nos

el dinero que se ha llevado mi primo, i que esto en mi satisficará a Ud. en su día. Tenga Ud. compasion de esta pobre familia, cuyo dolor me tiene partido el corazón. Podrá nunca proporcionar a Ud. el dinero un placer mayor que el

dro el Grande, me parece lo pega mejor por lo avaricioso i estúpido he de un Alejandro en puño. «Efectivamente me ha reído al ver el gran premio de lotería que has sacado con el parentesco del bello Tiburcio Cívico. Ni pluitarada